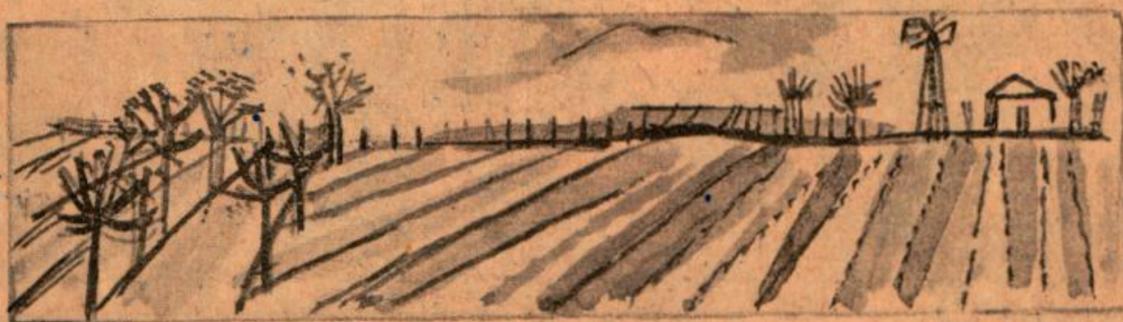


ARTE Y CULTURA

Lo que Reclama
la Tierra

DANDO vuelta una tierra "flor" — apenas diez metros y con arado y bues prestados — el hombre sintió "un algo muy especial" que le andaba por adentro. Una cosa "que él comparaba con lo que sintió la primera vez que se puso pantalones largos; y que volvió a sentir la primera vez que se acostó con una mujer. Algo que lo hizo parar varias veces los bueyes, clavar la picarra y atar la orejera, sólo para preguntarse: ¿Podrá mismo ser cierto, che Juan, qu'esto es tuyo?; que vos, el Juan Carmona que vos conocés, seas el dueño, positivamente hablando, de todito esto?" El hombre que dichas estas palabras, lanzadas dos carcajadas y escupidas alegres las carcajadas, sale detrás de los bueyes, es el Juan de los desamparados de Julio C. da Rosa.

Ediciones de la Banda Oriental acaba de publicar sus Cuentos completos. El volumen incluye Cuesta arriba (1952), De sol a sol (1955), Camino adentro (1959) y Juan de los desamparados (1961). Deja fuera pues, y con la intención de recoger sólo los cuentos, la obra teatral Más allá de las sierras (1949) y Recuerdos de Treinta y Tres, crónicas de la ciudad natal (1961). Hoy por hoy es un lugar común afirmar que, a los cuarenta y seis años y con una obra no demasiado extensa, da Rosa está entre los más importantes narradores del Uruguay actual. Quien presenta la edición de Banda Oriental deplora que una intensa actividad política, tan conocida por otra parte como su labor literaria, haya absorbido al escritor en los últimos años. Trabaja, que se sepa, de una novela titulada Mundo chico, de la cual ha adelantado ya algunos fragmentos.

Antes de escribir esta nota, hubiéramos querido visitar a da Rosa. Le habríamos preguntado entonces, por ejemplo, cuánto queda ahora del Treinta y Tres que ha pintado en sus cuentos. Pero buscando tal vez esos restos, da Rosa pasa los días de enero en el pago chico. Arturo Sergio Visca lo ha descrito como uno de tantos "exilados" de la campaña; hombre que gusta de "disparar por unos días a aquellas tierras donde, según dice, recobra energía y salud del alma". Mientras esperamos su regreso y nos prometemos de su cordialidad un "atar prosa" que será asunto superior, volvamos a Juan de los desamparados, de da Rosa.

De da Rosa o de la vida real, mejor dicho; pues de su existencia puede dar fe el doctor Alfredo Cáceres. A él está dedicada la obra y él es —al mismo tiempo— el admirable médico Arturo Céspedes del relato. Saben Dios y el lector si hay o no egoísmo en ese hombre que de tal modo siente la alegría de poseer tierra propia: tanta, que mirándola se irrita él mismo distinto; renacido y enfrentado al fondo de sí, como en los instantes de abismo que lo han asomado al amor propio y el orgullo. Y sin embargo, este hombre no conoce la ambición; es un verdadero pobre de espíritu a quien hubiera alcanzado la promesa. Con Juan Carmona conocer a un ser capaz de literalmente entregarse a los demás, en una incineración que abraza a todos sus intereses y hasta sus amores. Es que el amor universal de este hombre puede situarse en cualquier parte: puede llamarse el viejo Soria, alma desmoronada por el alcohol; o Rosa, siempre un poco entre un aquí y un allá, con su extraña ausencia de enfermedad; o el negrito Anarolino, hijo de nadie; o la familia Duarte, que sabe sus debilidades y ha aprendido también a aprovecharlas. Los desamparados, en fin, son de Juan.

Ante esta criatura, el propio autor se queda perplejo. "Parecía un cuento la vida de Juan Carmona", dice quien está escribiendo —como es natural— un cuento, y agrega todavía: "no un cuento para esta época".

Después de leerlo, nosotros nos hemos preguntado —precisamente— qué suerte puede caberle en nuestra época a un relato como éste. Y como el mismo autor es capaz de jugar su espíritu para saber de blicheros, acarreadores, carboneros, de todos los anónimos del campo, en fin; como el mismo autor es, frente al mundo que ha elegido para novelar, otro Juan de los desamparados lleno de piedad, la pregunta se nos transformó en esta otra, mucho más ancha: ¿qué suerte puede caberle hoy y aquí a un escritor como da Rosa?

Los hechos parecen decir una respuesta reconfortante. El aludido volumen de la Banda Oriental ha tenido —según se nos informa— un singular favor público. Pero sería triste cosa que sólo se leyera a este escritor en busca de lo pintoresco; o para acercarse, con ánimo de ciencia, a un campo que cada día más se nos va haciendo pasado; o bien para regocijarse en la gracia paisana, llena de sabor, que comparten autor y personajes. Hay en él mucho más, aunque todo esto que hemos enumerado sea mérito —y no menor— de su pluma.

En el prólogo de Domingo Bordoli a Los molles de Santiago Dossetti, nos habla el escritor amigo de la "misericordia nazarena" de ciertos seres del campo que Mrosoli, Dossetti y el propio da Rosa han observado. Con Juan de los desamparados ha existido, en Treinta y Tres, una verdadera florecita del Evangelio. Bien reconocemos que no es da Rosa un escritor religioso. En el fondo de todo arte cristiano —hemos leído alguna vez— está la idea de que el hombre debe cambiar. En el universo de da Rosa hallamos, en cambio, a un escritor que se maravilla por lo que los seres son,

sin exigirles otro destello que el natural en sus almas simples. Pero ante Juan Carmona hemos recordado una página de oro, en que Lanza del Vasto enseñaba el origen de la palabra "humilde". El idioma —saber secular de la tradición— la ha hecho derivar del vocablo "humus", que significa tierra.

Lejos de desorientarnos, nuestra algo insólita cita nos encamina por los senderos de este mundo narrativo. Hay en él —y aunque sin duda el autor no lo ha querido así expresamente— un protagonista velado o secreto, bastante a explicar por sí solo destino y emociones de estos hombres. Este protagonista es la tierra. Es bueno como la tierra, dice un personaje de otro, en el cuento de da Rosa. Y nosotros podríamos igualmente decir que Juan de los desamparados es bueno como la tierra. No estamos haciendo frases. Todos sentimos, desde una intuición difícil de racionalizar, que en las almas de la naturaleza hay un fondo de candor natural; una tibia y pronta fraternidad, dispuesta a darse pareja y sin desconfianza. ¿De dónde ha nacido, después de todo, la casi leyenda de una bondad proverbial en la gente de afuera? Según prudente y piadosa advertencia, a esta gente deberíamos llamarla "gente de tierra adentro". Los de afuera, en este país, son más bien los capitalinos: los que están a la orilla de la tierra.

He aquí lo que se lee, en el libro de da Rosa, acerca de un chacarero feliz: "Nunca había sentido tantas ganas de abrazar aquella tierra". También Juan Carmona conoce esta hermandad profunda que lo liga a sus plantaciones. A los niños les explica, seriamente: "La tierra es como nosotros: come, tom'agua, duerme y eso". Y si queréis ver a esta emoción de lo natural reflejarse en el mundo moral de los seres, oíd como un padre forma aquí a su hijo: "Despacio le hablaba; suave, con el cuidado de quien estuviese regando una plantita". En medio de una literatura hecha a los problemas intelectuales y habituada a moverse en un aire enrarecido y artificial, el de da Rosa es un mundo que llamariamos —sin temor— primitivo. Su libro es un llamado poderoso a lo que en nosotros es tierra, todavía. Nos ayuda a comprender lo mucho que resta en nuestro espíritu —por fortuna— de esta tierra que casi no pensamos ya, pero en la que nos sentimos afectivamente re-instalados.

Resumamos ahora el relato titulado Nuevos, de Camino adentro.

El autor —historia un noviazgo de treinta y tres años, cinco meses y once días. Esto a contar desde el día en que a Emeterio Román le dieron visita en casa de Amabilia Franco. Empezó pronto la "etapa de los desparramos": tenía el novio ganada una buena fama de haragán y el viejo don Idalino Franco, un "canario animal", amigo de "cuentas claras y gofio espeso", le prohíbe estar en las casas, "noviando". La "etapa de los ajustes" comienza con la muerte de don Idalino. Visitas otra vez; pero visitas al mismo tiempo placenteras y penosas. Todo en el rancho, desde el perro al buey, la rastra y el arado: todo tiene algo del viejo Franco. El hombre muerto se ha quedado, dominando extrañamente a los vivos. El novio apretó los dientes, clavó la reja y echó los bates. Se le iban las visitas a Amabilia, entre mate y mate, hablando del boniato, el poroto negro, el maíz catete, los tres bosques "machazos" de eucaliptus. A esta altura, el autor nos dice un montón de cosas con esta frase: "Ya a lo último, no tenía mucha seguridad si muchas de estas cosas las decía para el del retrato o para la novia". Borrada al fin aquella fama de haragán y a punto del casamiento, Emeterio chupa el pucho y sacude la cabeza, diciendo: "Canario viejo y porflau..."

Aún nuestra tan magra versión alcanza para comprender que el gran personaje, la verdadera fuerza moral ha sido en esta historia el viejo Idalino Franco. El poder de su presencia alargada en las cosas, irradiando desde las paredes que ha levantado, nos parece la suficiencia plena y grave de la vida y el orden. Pero el escritor llega más hondo y al explicar cómo le hacía roncha el chisme a este hombre de "las cuentas claras y el gofio espeso", define así su carácter: "Canario es canario. La tierra es cuestión seria. Manda y no da plazos. Impone, pero no acepta condiciones. El que quiere, debe quererlo todo; el que no quiere, que se vaya tras otro destino. La tierra es de los que son suyos. Y ser suyo, es ser de la tierra por dentro y por fuera: entregarle cuerpo y alma. Y alma; cosa muy importante. Más importante de lo que parece, para explicarse ciertas cosas de estos hombres de la tierra." Las palabras de da Rosa nos han devuelto a nuestro asunto principal. Don Idalino es de la tierra; tiene allí las raíces de su ser. Y se diría que a través de Idalino, del tercio Idalino que sólo sabe agachar el lomo y sudar, la tierra reclama también a Emeterio Román. Su mandato estaba en él dormido, pero no ausente.

La cita nos exime, desde luego, de decir que esta misma tierra es la sola musa de da Rosa. ¿Cómo entendería, sin entregarle el alma, "cómo entendería de estos hombres" que tan bien ha conocido y amado? La tierra es su arte y su literatura. Hoy, cuando otras actividades amenazan robarnos al escritor, deseamos nosotros recordarle esta sabia y profunda frase que él mismo ha escrito: "La tierra es de los que son suyos".

JORGE ALBISTUR

REVISTA